

to de una “pequeña burguesía miraflores” o de un “grupete de pitucos”, como se deduce de los epígrafes de Manuel Scorza y Oswaldo Reynoso, respectivamente.

El libro en cuestión se divide en tres capítulos y un apartado final. En sus primeras páginas, Cox expone las ideas medulares de su investigación, sobre las que volverá en los apartados siguientes: existe una relación directa entre un grupo de escritores con una pertenencia sociocultural establecida y claramente identificable con un modo de pensar criollo. Dicho sector es el que posee los medios —regularmente, editoriales, medios de comunicación y una cierta crítica literaria tanto académica como periodística— para convertirse en los censores de la literatura peruana. Desde dicha posición, se atribuyen la representatividad de la literatura peruana y la responsabilidad de representar el conflicto armado interno (CAI). Este mismo sector configura el mundo andino desde una perspectiva que actualiza la dicotomía civilización-barbarie. En consecuencia, los escritores andinos y amazónicos resultan invisibilizados. La reflexión de Pierre Bourdieu en torno al campo literario resulta clave para Cox, ya que dicho campo se encuentra atravesado por la lucha por el poder de la representación, por la legitimación de determinadas versiones y, desde luego, por la definición del mismo quehacer literario. Ante esta situación, el crítico norteamericano reclama: “hay que ampliar esa perspectiva de la narrativa ficticia sobre la guerra” (18). Como se deduce, esas representaciones no son asépticas, sino que son medios de la lucha por la

representación de los eventos traumáticos del CAI y, en tal sentido, se vinculan también con la construcción de la memoria. De allí la necesidad de considerar todas las versiones, señala Cox.

Para conseguir esta apertura, nuestro investigador realiza una operación sumamente estratégica: debatir el grado de “verdad” de la CVR, pues, ya en el campo literario, el informe apoya la versión oficial del CAI y resulta el texto de cabecera de los autores criollos. Así, en el primer capítulo, “La Comisión de la Verdad y Reconciliación”, repara en la postura que adoptan las Comisiones de Verdad, las que, desde la defensa de los derechos humanos, asumen que su labor no posee carga ideológica ni política, lo que ciertamente resulta una falacia, pues a esa “objetividad” se resiste siempre la ideología de los miembros de estas comisiones. La relación de esta con la literatura se establece en tanto hay novelas que son versiones literarias de estos informes. El carácter sospechoso de las “verdades” de la CVR se evidencia, señala Cox, en el caso del escritor ayacuchano Hildebrando Pérez Huaranca y su supuesta participación en la masacre de Lucanamarca, pues las pruebas, afirmará, no son concluyentes.

Los dos siguientes capítulos se entienden como una unidad, pues se inscriben en el interior de las dinámicas de la literatura. En el capítulo II, “La división en el campo literario de la producción literaria peruana”, como hemos señalado anteriormente, Mark R. Cox parte de la reflexión de Bourdieu acerca del campo literario para reparar en la posición no sólo de escritores “crio-

llos”, sino de los críticos literarios que se hacen eco de las representaciones sobre los Andes que dichos escritores y sus narrativas presentan; bajo una premisa dicotómica que vincula lo andino con lo regional o indigenista, en una clara referencia a la polémica con el *boom* y al magisterio de Mario Vargas Llosa. Las novelas que se insertan en lo criollo corresponden a una visión reduccionista del conflicto (muchas de ellas ganan premios en el extranjero, lo cual es sintomático del público al que van dirigidos). Y en el caso de la literatura, como se ha señalado, es la narrativa criolla la que se impone a las demás por su manejo del campo literario y no exactamente por sus méritos estéticos, dejando de lado a la narrativa andina y amazónica. El debate, entonces, en torno a la literatura y lo que significa ser escritor, es, al fin de cuentas, “un debate a veces agudo, de diferentes individuos y grupos, acerca de qué es el Perú, qué es la literatura y qué significa ser escritor” (51), que Cox vincula, además, con el debate entre andinos y criollos. Un punto importante en este capítulo es la idea de que este debate entre escritores también involucra a la crítica literaria. Por eso Cox revisa los estudios que acompañan a las antologías de Gustavo Faverón, Enrique Cortez y la suya propia.

En el capítulo III, “La narrativa criolla, la guerra y descripciones del mundo andino”, se colige del título que el punto central es la relación entre escritor y mundo representado. Cox señala que los escritores criollos son autores que no conocen el mundo que representan. Por esa razón las mismas dinámicas del

texto literario se resienten; pero, más allá, resulta una forma de actualizar las imágenes de los sectores criollos sobre el resto del país y de la sociedad peruana. Vargas Llosa, una vez más, es un referente en esta visión maniquea: los Andes son otro país, sus habitantes —campesinos— viven alejados de la modernidad y son propensos a la violencia. En resumen, estamos ante una costa civilizada y una sierra bárbara. Estas narrativas, como se ha señalado al comienzo del libro, se entienden como correlatos de las narrativas de verdad y reconciliación, erigidas sobre la base del imaginario de los derechos humanos y se asumen no ideológicas, dejando de lado la dimensión política. Estas novelas se enfocan, como señala acertadamente Cox, en lo individual; sus protagonistas son limeños, educados, con un desconocimiento del mundo andino y la guerra interna; aprenden de ellas a través de algún intermediario; y presentan problemas personales. Para ello examina las novelas *La hora azul* de Alonso Cueto, *Un lugar llamado oreja de perro* de Iván Thays y *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo.

Finalmente, el investigador estadounidense ofrece una “Lista preliminar de obras narrativas acerca de la guerra interna”.

Queda resaltar el lugar de enunciación que asume Mark R. Cox como sujeto social y crítico. Hacia el inicio del libro enfatiza su extracción popular en la comunidad estadounidense, lo que marca diferencias en relación con lo que sería la versión “pituca” o “criolla” norteamericana y, a su vez, marca un punto en común con los escritores andinos y amazónicos. En ese sentido, esta

afirmación hace explícitas dos posiciones: la del crítico literario como sujeto social, y la de este al interior del campo literario. Estos posicionamientos no deben, necesariamente, pasarse por alto y su explicitud contribuye a entender que la literatura es un producto cultural y, como tal, para bien o para mal, ingresa dentro de las dinámicas vinculadas no sólo al discurso, sino al poder. La creación y la crítica no son actividades asépticas, sino que son luchas también por la representación. El hecho de que Cox, una vez más, evidencie la posición que asume en el campo literario, es, a todas luces, una clara muestra de que no se puede dejar la crítica literaria sobre el conflicto armado en manos de quienes, queriendo o no, desde posiciones hegemónicas actualizan imaginarios coloniales. La crítica, se deduce, es también una práctica agonística.

No obstante, resta advertir algunas acotaciones a la propuesta de Cox. En primer lugar, la división entre criollos, andinos y amazónicos, consideramos, debe complementarse con categorías que hagan referencia a la variable poder e ideología, en tanto las primeras se refieren a elementos socioculturales que, dada la heterogeneidad de los sectores en mención, resultan un punto de partida, pero no permiten cercar todo el fenómeno. Tomar en cuenta a los sectores hegemónicos y la pervivencia del pensamiento colonial, sumada a las dinámicas centro-periferia, permite, desde nuestra perspectiva, afinar la entrada propuesta por Cox. En el mejor de los casos, una discusión acerca de aquello que podemos denominar ideología criolla

contribuirá al debate, pues esta se puede entender, *grasso modo*, como la dimensión simbólica de ciertos sectores de nuestra sociedad que, además, se ven atravesados por una afinidad cosmopolita y posmoderna.

De otro lado, hacia el final del libro, Cox ensaya, a ojo de buen cubero, una serie de ideas sobre escritores que son considerados criollos. Un análisis más detallado permitiría que las afirmaciones hallaran un argumento más sostenido en el estudio de los diversos niveles del texto. En otras palabras, esta sección se reforzaría si se acompañara del análisis e interpretación respectivos. Es, consideramos, una agenda pendiente.

Más allá de estas acotaciones, el libro de Cox, como se desprende de los primeros párrafos de nuestra lectura, es un aporte valioso a los estudios sobre la narrativa peruana de la violencia. Un aporte más a los que ya ha brindado Mark. R. Cox en años anteriores. Queda saludar la edición de este libro y dar espacio al debate que, a no dudarlo, propiciará.

Jorge Terán Morveli
Universidad Nacional
Mayor de San Marcos

Zevallos Aguilar, Ulises Juan. *Literatura y cultura en el sur andino Cusco Puno (Siglos XX y XXI)*. Cusco: Ministerio de Cultura del Perú, 2018, 281 pp.

Los estudios literario-culturales sobre la representación del indígena en el Perú, con énfasis en las voces emergentes y diaspóricas, han proliferado últimamente, en un afán de profundizar el conocimiento de la